

ciones íntimas con otros jefes de elevada categoría, y su habilidad, lograron que el general Gomoaro, que con sus tropas se hallaba cerca de Tiatira en la Lidia, abandonara el partido del usurpador y se pasase al del César legítimo; y en la batalla decisiva de Nacolea, en Frigia, se pasó también a las filas de Valente otro jefe llamado Agilo con su división. Procopio huyó, pero a la mañana siguiente fué preso por dos jefes de legión de su ejército que lo entregaron a Valente, el cual lo hizo decapitar al instante en 27 de mayo de 366.

Valente no desmintió su sangre panónica, y se vengó de las angustias porque le había hecho pasar la súbita y terrible sublevación, sentenciando a muerte a los más comprometidos en ella. Los menos culpables sufrieron el destierro y la confiscación, y los rigores imperiales se extendieron también a los prisioneros godos que habían acudido al auxilio de Procopio. Por más que Valentiniano le envió orden expresa de poner en libertad a algunos miles de prisioneros de aquellos bárbaros, no hizo caso ninguno de ella, ni tampoco de las reclamaciones de los caudillos godos, especialmente del feroz Atanarico. Esto dió lugar a una guerra que estalló al año siguiente de 367 en el Bajo Danubio y que duró tres años. Los generales romanos Víctor y Arinteo penetraron en las tres campañas en el interior del territorio ocupado por los godos, y llegaron hasta el Dniester, quizás porque los godos estaban divididos entre sí. Privados de los recursos que sacaban del imperio, paralizado el tráfico que hacían con las plazas fronterizas, la miseria consiguiente y el durísimo escarmiento que les habían hecho sufrir las armas romanas, les obligaron a aceptar una paz ventajosa para el imperio, que se convino personalmente entre el César Valente y el rudo y feroz Atanarico a bordo de un buque estacionado en el Danubio. Valente, para imponer a los godos y poner un dique permanente a sus invasiones, hizo restaurar las plazas fuertes del Danubio, que desde algún tiempo habían estado muy abandonadas.

Más áridas fueron las empresas militares de Valentiniano, que animado del antiguo espíritu romano, había dejado que su hermano luchara como pudiese con sus propios recursos contra Procopio, para arrojarle él con los suyos decididamente sobre los alamanos, que entonces habían llegado al mayor grado de pujanza guerrera y que, divididos en tres formidables huestes, en el mes de enero del año 366 habían pasado el Rin, entonces helado, penetrando en la cuenca del Saona. En el distrito de Besanzon se opuso a su marcha el valiente Carieto, que entre tanto había ascendido a general en jefe de las dos Germanias con la categoría de *comes*; pero el temible caudillo murió de un flechazo y los romanos perdieron la batalla. Los alamanos entonces se dirigieron más al Noroeste sobre Reims y Paris, donde el mismo emperador tomó la dirección de la guerra. El general de la caballería Jovino recibió el mando en jefe del ejército, y cayendo por sorpresa sobre las divisiones enemigas, a mediados de junio de 366, cerca de Charpeigne, entre Metz y Toul, arrolló la primera, dispersó la segunda, y se dirigió a marchas forzadas a Chalons del Marne, adonde había llegado entre tanto la tercera. La batalla fué tenaz y mortífera y duró todo un día; pero a la mañana siguiente los alamanos, que habían perdido seis mil hombres, emprendieron la retirada y evacuaron la Galia. Juntamente con la noticia de esta victoria recibió Valentiniano en Paris, del Oriente, la cabeza del infortunado pretendiente Procopio.

Los alamanos acaudillados por Viticabo, el hijo de Vadamaro, continuaron sus depredaciones y expediciones de rapiña al territorio romano, bien que en menor escala, como siempre, y hasta les salió a medida de su deseo una sorpresa contra Maguncia, a la cual saquearon el domingo de Pascua

de Resurrección del año 367, aterrorizando a todo el país. Todos estos desastres minaron la salud de Valentiniano, el cual en el verano de aquel año cayó tan gravemente enfermo, que se desesperaba de salvarle; pero se restableció, y para lo que pudiera suceder apresuró a nombrar César en 24 de agosto del mismo año en Amiens a su hijo Graciano, que a la sazón solo contaba ocho años. Para dar más estabilidad a su dinastía desposó a la mañana siguiente con Constancia, niña también todavía hija del difunto Constancio y de Fausta.

Las irrupciones de los alamanos tenían exasperado a Valentiniano, el cual dispuso o consintió que un antiguo servidor del peligroso caudillo germánico Viticabo le matase. ¡De tal modo habían decaído el antiguo orgullo y la dignidad de Roma! Pero el remedio fué ineficaz, porque poco después se puso a la cabeza de los alamanos otro caudillo más temible, Macriano, que hasta entonces solo había mandado una de sus tribus más septentrionales; y esto movió al emperador a imitar a Juliano, y atacar a los bárbaros en su propio territorio. Para ello llamó varias legiones de Italia y de Iliria y tres divisiones de Suiza. Con estas fuerzas y los generales Sebastian, Severo y Jovino penetró desde la confluencia del Aar (Arole) en el Rin; dió la vuelta por la Selva Negra y subió por la cuenca del Wutach hasta las fuentes del Danubio, desde donde pasó a las del Neckar. Allí, en el centro del territorio ocupado por las tribus alamanas, cerca de Sulz (Solicinium), se dió una gran batalla. Los romanos tomaron las orillas escarpadas, defendidas por sus enemigos, los cuales en su retirada fueron a caer en manos de la columna de Sebastian, que había rodeado entretanto la posición alamana. La victoria de los romanos fué completa, pero a esto se redujo todo, y el emperador regresó a Tréveris sin haber podido obtener garantías de paz.

Para comprender el cúmulo de dificultades terribles con que tuvo que luchar Valentiniano, es preciso conocer el estado ruinoso de la Inglaterra precisamente en el tiempo en que este emperador emprendió su atrevida campaña en el territorio almano. La Bretaña era antes una de las provincias más florecientes del imperio, y desde mucho tiempo la abastecedora indispensable de las ciudades, fortalezas, campamentos y tropas del Norte y Nordeste de la Galia, tan castigada y siempre asolada por las tribus sajonas, francas y alamanas. Pero desde la muerte del emperador Juliano este poderoso recurso se había ido perdiendo gradualmente con gravísimo daño para el imperio, y especialmente para la Galia y la misma Inglaterra. Ya en tiempo de Juliano, los escotos del Norte habían vuelto a molestar seriamente a Inglaterra; estos y los pictos, enemigos los más funestos, feroces y sanguinarios de la civilización, habían inmigrado según se cree en aquella época desde la Irlanda y reforzado las antiguas tribus caledonias; mientras por otro lado, el estado lamentable de la administración romana en Inglaterra contribuía poderosamente a facilitarles sus invasiones y depredaciones espantosas. Desde el año 362 los empleados romanos habían podido cometer toda clase de abusos, por no estar seriamente vigilados; habían defraudado al tesoro e irritado con sus arbitrariedades al pueblo; la tropa estaba mal pagada o no lo estaba de modo ninguno, y la disciplina solo existía de nombre. Entre tanto los corsarios sajones invadieron las costas del sudeste, y desde el año 364 los pictos y los escotos penetraron más y más en el interior de Inglaterra. En 367 habían llegado estas calamidades a su último extremo; el general conde Nectarido había muerto en el campo del honor, y el jefe de legión Fulfofaudes había caído prisionero; la tropa en gran parte se había desbandado formando cuadrillas de salteadores; muchos individuos hasta se habían pasado a los escotos, que iban ya acercándose a

Londres, el gran emporio de comercio, y los generales Severo y Jovino, enviados por Valentiniano, no se mostraban a la altura de su misión. Entonces decidió Valentiniano, a últimos del año 367, encargar del mando al otro lado del canal de la Mancha, con poderes amplios, al mejor general de estirpe romana, el español Teodosio.

Flavio Teodosio, cuyo hijo fué emperador y padre de emperadores, había nacido probablemente en Cauca (hoy Coca), pequeña ciudad rural en el distrito de los vacceos, por lo menos allí estaba su patrimonio. De ilustre cuna, de figura imponente, acreditado como militar, de inteligencia preclara, gran talento administrativo y carácter honrado, íntegro e incorruptible, fué también, lo que de Valentiniano jamás se pudo decir, humano y generoso, cualidades que unidas a sus brillantes hechos de guerra le valieron los grandes resultados que alcanzó.

Este general se embarcó en Boulogne para Inglaterra con dos legiones y dos cuerpos auxiliares de guerreros germánicos; desembarcó en Rutupia, corrió al auxilio de Londres y la salvó derrotando a los escotos. Después, persiguiéndoles y causándoles derrota sobre derrota, los expulsó de Inglaterra, arrebatándoles los prisioneros romanos, a los cuales restituyó a sus hogares, e incorporando en las filas de sus cuerpos auxiliares los prisioneros bárbaros que hizo. Después sus columnas volantes disolvieron en breve las partidas sueltas que infestaban el país. En el año 370 quedaron restablecidos el orden y la seguridad en Inglaterra y su frontera septentrional. Teodosio restauró las fortificaciones antiguas y levantó otras nuevas, de suerte que trasformó el territorio entre la antigua línea de Adriano y la de Antonino Pio en una provincia militar defensiva que llamó Valencia. En el año 369 sofocó con mano fuerte y suma rapidez la sublevación de un panonio ambicioso, que a última hora intentó sembrar otra vez la anarquía en aquella parte del imperio tan cruelmente castigada ya. En todo esto fué Teodosio perfectamente secundado por su hijo, que había nacido probablemente por el año 346 y cuyas brillantes dotes hicieron de él después un emperador al cual la historia distingue con el sobrenombre de el Grande; su madre se llamaba Termancia. Teodosio, en las circunstancias en que encontró a Inglaterra y en vista de la situación política general, mitigó el espantoso rigor con que entonces se castigaba la deserción, y con una amnistía bien calculada logró que volviesen a sus banderas multitud de desertores. Que esta blandura le fué inspirada por el buen sentido y tacto prudente, lo prueba su conducta posterior en Africa, donde no tuvo ninguna consideración a los que desertaron. Coronó su obra aconsejando al emperador dar al país en la persona de Civiles un valioso gobernador general civil, y en la de Dulcicio un general en jefe eminente. A principios del año 370 regresó a la corte de Valentiniano, que le recompensó ascendiendo a general director del arma de caballería.

Valentiniano durante el año 369 hizo renovar y aumentar con grande energía las fortificaciones fronterizas de la Retia hasta las bocas del Rin. Los vecinos más temibles por aquel lado eran entonces los alamanos, pero también había que vigilar sin cesar a los francos y los sajones, que tenían en continua zozobra a los pueblos de las costas del Norte. Teodosio había aniquilado durante su mando en Inglaterra una de sus expediciones piráticas y destruido una hueste franca reunida en el bajo Rin, pero todavía en el año 370 un ejército sajón invadió la Bélgica, y si el general Severo logró exterminarlo, no fué sino valiéndose de una infame traición. En el mismo año y en los siguientes luchó Valentiniano contra los alamanos, a cuyo fin hizo alianza con los borgo-

ñones, vecinos de aquellos; pero cuando vió aparecer cerca del Rin ochenta mil guerreros borgoñones, todos de estatura gigantesca, muchos de los cuales median siete pies de altura, renunció a toda prisa a la alianza con este pueblo. Entre tanto cayó Teodosio sobre los alamanos desde la Retia y los escarmantó; pero con todo eso el emperador por el lado del Rin no consiguió en aquel año ni en los siguientes a pesar de su energía e impetuosidad, mas que una protección efímera de la frontera, que aun así traspasaron bandas sueltas de merodeadores alamanos, cuyo jefe más temible, Macriano, burló todas las disposiciones que tomó el emperador para darle alcance.

Esta guerra continuó así, tomando parte en ella a veces Teodosio, hasta que el emperador se vió precisado a emplearlo en 373 en Africa, donde las cosas habían llegado a un estado tan insostenible como el de Inglaterra a fines del año 367.

Los insensatos hijos de Constantino el Grande, como dijimos en su lugar, dejaron de seguir la prudente senda de su padre en materia de religión, y Constancio por su parte cometió en 348 la imprudencia de querer obligar a la fuerza a la secta donatista a someterse al símbolo homusiano. La larga paz del tiempo de Constantino había producido el resultado de hacer perder muchos adeptos a la secta de los circunceliones, que conforme ya sabemos se componía principalmente de gente del campo, que en su mayor parte no sabían más lengua que la púnica; pero los verdaderos donatistas iban ganando paulatinamente terreno; y con su rigidez moral, su aversión declarada a toda conversión forzada y puramente exterior, su empeño decidido en mantener la separación absoluta de la Iglesia y del Estado, y su abominación altanera y sombría de los abusos introducidos en la iglesia dominante, se habían hecho tanto ó mas odiosos que los arrianos a los partidarios de esta última. A tanto había llegado el desprecio de los donatistas a la iglesia oficial, que volvían a bautizar a los cristianos de esta comunión que ingresaban en la suya. Cuando Constancio empezó a querer convertir a aquellos fanáticos por medio de la persuasión, luego ofreciéndoles ventajas materiales y finalmente con medidas coercitivas, encontró en todas partes la resistencia más tenaz. Los hombres del vulgo de la secta, los circunceliones ó agonísticos, se juntaron otra vez en bandas «santas» ó «huestes de Cristo contra Satanás», como ellos se llamaban, y acaudillados por dos de los más furiosos partidarios, llamados Axido y Tuxio, volvieron a cometer atrocidades contra los propietarios tiranos y esquiladores implacables, incendiando sus casas para destruir los documentos de servidumbre y de otros débitos, y engrosando continuamente sus filas con vagabundos y desesperados de todas clases. Los comisarios imperiales Paulo y Macario consiguieron con sus tropas sorprender y destruir a una parte de estos exaltados en la ciudad de Bagas, en Numidia; pero como entonces, en tiempo de Constancio II, el gobierno imperial abrió una persecución sistemática contra los donatistas, encarcelándoles, castigándoles con azotes, tormentos y confiscación de bienes, se encendió mas que nunca el fanatismo heróico y demente de los circunceliones. Su afán de martirio y su valor en los tormentos excedieron a toda ponderación, y se mezclaron con atrocidades y asesinatos, sobre todo de las personas del clero enemigo. Buscaban muchos la muerte por ciego fanatismo, por cuya razón no huían de sus perseguidores y hacían frente a la tropa, mientras que la población en general simpatizaba con aquellos pobres fanáticos, no menos que con los donatistas pacíficos, que por lo mismo eran invencibles. Así, cuando subió al trono imperial Juliano y dió a todos los cristianos y

demás súbditos del imperio libertad completa de cultos, los donatistas se aprovecharon de esta ley para recuperar lo que la Iglesia les había arrebatado.

Para poner coto á tanto desórden el emperador Joviano envió en el año 363 al *comes* ó conde Romano en calidad de capitán general de Africa. Esta eleccion fué funestísima para las provincias africanas y para todo el imperio, porque Romano resultó ser el más inicuo é infame entre los peores funcionarios civiles y militares de aquella época de administración desmoralizada. Además era personalmente adversario de la secta donatista, si bien en esta parte tuvo que contener su celo al advenimiento de Valentiniano, cuya política eclesiástica era tolerante. Cuando Valentiniano subió al trono imperial, el astuto y artero Romano supo engañarle tan completamente, ocultando su conducta, sus arbitrariedades, sus extorsiones é iniquidades por medio de personas influyentes en la corte, entre ellas su primo el canciller Remigio, que no se descubrieron sus enredos hasta que Valentiniano envió allí á Teodosio.

Bajo la administración de Romano las tribus mauritanas y getúlicas del interior asolaron á sus anchas, especialmente desde el año 364 hasta 367, toda la provincia tripolitana, á pesar de la guarnición que Valentiniano al saber estas depredaciones envió á Lambesa, plaza fuerte abandonada desde el año 292. Romano pagaba tan mal á sus tropas que los soldados para vivir se dedicaban al merodeo y aun á asaltar las propiedades y personas. Lo más horroroso fué que una comisión presidida por el honradísimo gobernador civil Kuricio y enviada por la desgraciada provincia al emperador, fué condenada á la última pena y ejecutada como calumniadora de Romano por las arterías de este, de su primo el canciller y de la altanera negligencia del comisario imperial Paladio, enviado para tomar informes.

Romano coronó algún tiempo después todas sus infamias y torpezas suscitando una complicación que estuvo á punto de hacer perder al imperio toda la importantísima y rica provincia de Africa. A la muerte del jefe de una tribu mauritana aliada del imperio, llamado Nubel, uno de sus hijos, Firmo, había asesinado á su hermanastro Zama, amigo de Romano, y este para vengarle hizo creer á Valentiniano, por conducto del canciller Remigio, que Firmo alimentaba proyectos traidores. Romano y Remigio no dejaron llegar al severo emperador las pruebas justificativas de la inocencia de Firmo y las protestas de su fidelidad; de suerte que Firmo tuvo que apelar á la insurrección para salvarse. En efecto se sublevó abiertamente, se proclamó rey de Africa, y como el desgoberno atroz de Romano engrosó rápidamente sus filas, á las cuales se agregaron muchos jefes de otras tribus mauritanas, en el año 372 pudo apoderarse de ciudades importantes como Cesarea (hoy Cherchell) é Icosio, hoy Argel. Los soldados, cabos y sargentos romanos se pasaron al vencedor; los donatistas, á quienes con gran habilidad favoreció, se declararon por él con entusiasmo, y á su ejemplo la mayoría de la población; de suerte que faltó poco para que el imperio perdiera para siempre toda la provincia africana.

Entonces fué cuando el emperador envió allí á Teodosio con fuerzas sacadas de la Panonia, pero tan limitadas, que todo el éxito de la campaña dependía del talento del enviado. Teodosio se embarcó á principios del año 373 en Arles con su hijo y su gente y desembarcó súbitamente en Igilgili (hoy Chidchelli), en la actual provincia de Constantina. Una vez en territorio africano, á donde llegó cuando nadie le esperaba, pronto detuvo los progresos del movimiento revolucionario, porque además de tratar á la población con exquisita prudencia, le dió la satisfacción de abrir una información escri-

pulosa sobre el estado del país, hizo prender al odiado Romano y lo envió preso á la corte. Entonces Paladio y Remigio, á los cuales se formó causa criminal, viendo las cosas en mal estado se suicidaron, pero el infame Romano pudo salvarse de la muerte, gracias á sus poderosas relaciones, y especialmente al general franco Merobando, emparentado por casamiento con la familia imperial.

Entre tanto Teodosio hizo maravillas en Africa, donde por lo general solo podía poner en campaña de dos mil á tres mil quinientos hombres, con los cuales alcanzó dos victorias sobre las fuerzas del rey faccioso Firmo, cuyo hermano Gildo se había puesto del lado del emperador. Firmo aparentó estar dispuesto á someterse y solicitó un armisticio que le fué concedido; pero pronto supo Teodosio que el armisticio solo debía servir para realizar el plan preparado por una vasta conspiración, cuyo objeto era sorprender y aniquilar las fuerzas romanas. Entonces procedió Teodosio con rapidez y rigor espantoso contra los traidores, rigor que aplicó también á los desertores y tráfugas hechos prisioneros, así como á los soldados que se mostraron cobardes ó solamente vacilantes. Primero castigó cruelmente á los mazicos, pueblo de la Mauritania Cesariense, y obligó después á Firmo á buscar refugio cerca de Igmazen, jefe de la tribu isafense á orillas del río Chúrchura. A esta tribu guerrera acometió Teodosio tantas veces y la derrotó en tantos encuentros que su jefe se atemorizó, y para salvarse urdió varias intrigas alevosas contra Firmo y por último obligó á este á suicidarse.

Después de dos años de lucha entró Teodosio en Sítifis, dueño ya de toda el Africa romana, y entonces se aplicó á reorganizar esta provincia con su acostumbrada inteligencia práctica, absteniéndose obedeciendo al deseo del emperador de emplear medidas de rigor contra los donatistas.

Esta política tolerante de Valentiniano forma uno de los timbres más gloriosos de su enérgico reinado. Personalmente era Valentiniano celoso homusiano, pero como emperador observó con perfecta rigidez el principio de la completa libertad de cultos, principio que con su muerte desapareció para no volver á dominar sino al cabo de largos siglos. De esta libertad religiosa, que proclamó en un manifiesto tan luego como hubo ceñido la diadema imperial, exceptuó solamente los sacrificios mágicos, como la magia en general y la secta maniquea. No se mezcló jamás en las disputas dogmáticas de la Iglesia ni permitió que una secta persiguiera á la otra, porque entendía que estas cuestiones debían ser zanjadas solo por medio de la discusión científica y de la propaganda desde el púlpito. A ejemplo de Constantino, se interesó por el bien de los homusianos, sus correligionarios, y se mostró dispuesto también á proteger las prácticas exteriores de la vida cristiana, como por ejemplo la santificación del domingo; pero como hombre de Estado inteligente, abolió la exención de la contribución territorial de que gozaba el clero, y en el año 370 puso vallas á la codicia y á la adquisición de herencias, que en el clero secular y en los monjes iban tomando proporciones escandalosas. Protegió al culto pagano enérgicamente contra los ataques de los cristianos fanáticos, ordenando que para cumplir esta orden no se emplearan soldados cristianos; y también prometió al Senado que la imagen y el altar de la Victoria, que el emperador Juliano había restituido á su sitio, continuarían en él. La ley de Juliano que prohibía á los profesores cristianos enseñar la gramática y retórica de los autores clásicos, había sido revocada ya en el año 364.

Sorprendente fué el efecto que produjo el sistema de la libertad de cultos, tan lealmente seguido en la práctica por el emperador Valentiniano. El paganismo, libre de toda persecución, fué perdiendo partidarios, los cuales se pasaron al

cristianismo, y fuera del robusto núcleo que conservó en las clases ilustradas, especialmente en Grecia y en las familias senatoriales, se fué reduciendo á las pequeñas ciudades y pueblos rurales, tanto que entonces se hizo costumbre entre los cristianos el llamar con desprecio á los partidarios de los antiguos cultos *paganos*, es decir, lugareños.

El arrianismo en este período de paz perdió rápidamente su importancia en Occidente, importancia que por lo demás nunca había sido grande al Oeste del Adriático. Buena prueba de ello fué que el pueblo y el clero de Milan en el año 374, á la muerte de su obispo arriano Auxencio, hombre poderoso y eminente, que por la influencia de Constancio II ocupaba aquella sede episcopal desde el año 355, eligieron por sucesor suyo á Ambrosio, hombre que ni siquiera había recibido el agua del bautismo, pero que era partidario del símbolo de Nicea. Ambrosio, entonces gobernador civil de la provincia, y después el más célebre defensor del credo homusiano y uno de los más brillantes representantes de la Iglesia, era vástago de una familia distinguida. Su padre había sido prefecto de la Galia, por cuya razón se supone que Ambrosio nació por el año 340 en Tréveris.

Entre tanto hizo muchísimo daño á la prosperidad interior de la Iglesia la lucha continua con que muchos clérigos ambiciosos se disputaban la sede episcopal de Roma, que en aquel tiempo disfrutaba ya una decidida preponderancia sobre las demás sillas metropolitanas, y de consiguiente, gozaba de más riquezas y consideraciones. Grandes fueron los escándalos á que estas rivalidades dieron origen, especialmente desde el año 366, en que murió el obispo Liberio, hasta 384. En estas luchas se distinguieron principalmente entre los ambiciosos los diáconos Dámaso y Ursino, cuyas opuestas pretensiones promovieron escenas repugnantes que en los años 366 y 367 degeneraron en combates sangrientos entre las dos facciones, no solamente en las calles sino también en las iglesias de la capital. Dámaso, que era obispo reconocido por el emperador y estaba en posesión de la silla desde el año 367, defendió su posición con gran energía y dureza contra sus adversarios eclesiásticos y laicos; pero no por esto rindióse Ursino, el cual luchó é intrigó contra él por todos los medios hasta el año 381, en que Dámaso fué reconocido como obispo legítimo de Roma por el concilio de Aquileya, presidido por Ambrosio. En esta larga lucha tomaron parte muchas ciudades y obispos de Italia, y ambos partidos y sus jefes se acusaron mutuamente de los crímenes más negros, con gran daño de la Iglesia en el sentido moral. Dámaso murió el año 384, dejando su silla episcopal mas poderosa que nunca y en camino de conseguir, en el siglo siguiente, el primado efectivo sobre los demás obispados del Occidente.

Las profundas excisiones en el seno de la comunidad cristiana en la antigua capital del imperio romano eran el reflejo inevitable del bajo nivel moral de la población en general. Entre los paganos solo se elevaban sobre este nivel las figuras más nobles de la aristocracia, que representaban dignamente la moral, las ciencias y el nombre romano, como el erudito Símaco y el eminente Pretextato, cuya renta anual se calculaba en unas 4.320.000 pesetas, porque la sucesiva extinción de las antiguas familias aristocráticas ó senatoriales había ido concentrando sus inmensas propiedades y demás riquezas en pocas manos, que podían llevar una vida de príncipes en sus palacios y quintas regias. En cambio la gran masa del pueblo, con todo su antiguo orgullo romano, vivía de la caridad forzada de los emperadores y se divertía en las funciones gratuitas del circo cuando estaba harta. *Panem et circenses* era su lema, porque en las dos cosas se concentraban su ambición y su vida; y cuando faltaban cereales y otros

viveres ó se encarecían, aquella multitud estaba siempre dispuesta á armar motines y á cometer excesos, dirigidos en primer lugar contra el prefecto de la capital. El vino, el juego, las ejecuciones capitales, las luchas de prisioneros con fieras y aun las de gladiadores, así como las corridas de carros en los circos con las apuestas de costumbre; el teatro, especialmente la comedia y los bailes mímicos, con sus inseparables excesos, inmoralidades y hasta crímenes; la superstición, los cultos secretos, la magia con la evocación de los espíritus y de las almas de los difuntos; las consultas de los oráculos, á despecho de las leyes prohibitivas draconianas, eran cosas corrientes en Roma en todas las clases de la sociedad. La comunidad cristiana tampoco pudo mantenerse pura en estas tristes circunstancias, de suerte que muchos individuos, aun de las clases más elevadas, se retiraron á llevar una vida monacal y ascética, separados del contacto del mundo. San Jerónimo, que fué secretario del obispo Dámaso, nos revela la corrupción refinada que existía en las clases altas y aun en las eclesiásticas de la comunidad cristiana, mientras en las masas populares reinaba la inmoralidad más grosera. Debió de ser sin embargo un caso aislado el que cuenta del casamiento de un hombre de la plebe, que había tenido veinte esposas, con una mujer que había tenido veintidos maridos.

Valentiniano, decidido á acabar de una vez con tanta disolución, nombró un magistrado con poderes extraordinarios, en lugar del prefecto de Roma, con lo cual dió lugar á uno de los episodios más lúgubres de su reinado. En efecto, volvió á errar en la persona que eligió para esta misión, pues en vez de un hombre severo, inflexible pero recto, envió á Roma á un malvado infernal, que le supo engañar como Romano le había engañado en Africa.

La posteridad ha tenido más alabanzas para este emperador que sus contemporáneos. Este célebre cristiano, este hombre de Estado tan sutil y bondadoso en materia de religión, este capitán tan eminente, este gobernante tan infatigable pertenece al número de aquellos emperadores que la moderna crítica nos presenta bajo fases enteramente nuevas. En su vida privada era virtuoso y modelo de moralidad, sóbrio en la comida y bebida. Sus dotes naturales, que se había aplicado constantemente á perfeccionar, eran excelentes; su memoria era notable, y aunque taciturno y sin haber recibido una educación científica, sabía expresarse, cuando era necesario, con energía y elegancia; le gustaban las artes y ciencias, y protegía gustosamente á sus representantes; é inclinado á envidiar los méritos ajenos, había aprendido sin embargo á dominarse perfectamente. Era enemigo declarado del nepotismo; había prohibido á los miembros de su familia y á todas las personas que le rodeaban valerse de su posición para sus negocios particulares. Su esposa Severa, mujer codiciosa, había hecho presión sobre la propietaria de una hermosa posesión rural, que se la hubo de ceder por un precio ridículo, y apenas lo supo el emperador, devolvió la finca á su dueño y repudió sin lástima á su esposa. Sin embargo, en este caso, el rigor de Valentiniano pudo tener otro motivo más que el de castigar la codicia de la emperatriz, porque después, en 368, se casó en segundas nupcias con una dama de honor de Severa, la hermosísima siciliana Justina Aviana, cuyo padre había sido gobernador de Ancona.

Valentiniano se desvelaba por el bien de los pueblos del imperio; conocía sus necesidades y sus penas, y procuró satisfacer las unas y aliviar las otras; cuidaba con esmero de la idoneidad é integridad de los empleados; castigaba duramente y sin consideración sus arbitrariedades y extorsiones; y si se mostró enérgico para rechazar á los bárbaros que rodeaban al imperio, no lo fué menos en descubrir y remover